

Vigésimo sexta semana del Tiempo Ordinario B

Sábado

Pero no os alegréis de que los espíritus os obedezcan, sino de que vuestros nombres ya estén escritos en el cielo

I. Contemplamos la Palabra

1ª Lectura: Ba 4, 5-12. 27-29

“Escuchad, vecinas de Sión. [...] he visto el cautiverio de mis hijos y mis hijas [...] con gozo los había yo criado, y los he despedido con lágrimas y duelo. [...] ¡Ánimo, hijos, clamad a Dios! Pues el que os trajo esto se acordará de vosotros;”

2ª Lectura: Lc 10, 17-24

“Pero no os alegréis de que los espíritus os obedezcan, sino de que vuestros nombres ya estén escritos en el cielo. [...] Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que ocultaste a los sabios y entendidos”.

II. Compartimos la Palabra

Nuestros oídos se endurecen muy a menudo a la voz de Dios que clama para abrirse paso en nosotros a través de los hermanos. En demasiadas ocasiones nos resolvemos incapaces de empatizar con las preocupaciones y alegrías de los que nos rodean y también de los que están lejos. Al olvidar esta presencia del Padre-Madre en nuestra vida, se nos escapa que Él/Ella es nuestro sustento y nuestra durabilidad. Es así como nos “auto-expulsamos” de su compañía cada vez que renunciamos a acercarnos al otro. Y Baruc, que sabe del sufrir de Dios por este motivo, nos presenta una suerte de diálogo que el Padre-Madre quiere mantener con nosotros hoy a través de un lenguaje que tiene mucho de femenino y de maternal: “vecinas de Sión, he visto el cautiverio de mis hijos y mis hijas [...] con gozo los había yo criado, y los he despedido con lágrimas y duelo”. Se trata de una forma de expresión muy cotidiana. Bien pudiera ser una confiada conversación que una madre, un ama de casa por ejemplo, mantuviera con las mujeres que le rodean expresando el dolor por la lejanía de sus hijos queridos. Y es que Dios, al igual que una madre, tiene todo el derecho de desilusionarse frente nuestras ausencias, sin embargo, neutraliza las lágrimas y el duelo con su compasión siempre desproporcionada y la perseverancia de su Amor. El profeta, lo sabe bien, y por eso nos anima a la esperanza en aquel/aquella que Siempre nos Ama Más y Siempre se acuerda de sus hijos.

Siguiendo con esa necesidad de alinearnos con Dios para no enviudar de su presencia, en el evangelio Jesús nos da un toque de atención a sus discípulos. Él

nos recuerda que no debemos perder el norte, que no es por nuestras capacidades, todas dones de Dios, por lo que hemos de estar alegres, sino porque tenemos quien nos sustenta, quien nos sostiene. Nuestros nombres están escritos en el cielo, y esa es nuestra alegría. Dios nos ha entregado un corazón que sabe aprender amar, que puede y quiere perdonar. Nos avisa, no olvidemos nuestro horizonte cívico y social, sólo erradicando la soberbia y eliminando toda clase de poder seremos auténticos cristianos. Ahí está nuestra coherencia y nuestro estilo de seguirle. Nuestras particularidades: la humildad, la sencillez y el Amor.

Comunidad El Levantazo

Dominicos.org (con permiso)